

FERNANDO PAZ

# ¡DESPIERTA!

*Cómo las élites están controlando el mundo*

# ÍNDICE

<i>Introducción. ¿Los negacionistas tenían razón? .....</i>	11
<i>Prólogo. Corría el año 1898 .....</i>	15
1. EL EVENTO 201 .....	21
La ¿conspiración? globalista .....	27
El Nuevo Orden Mundial .....	40
¿Cómo consigue el globalismo sus fines? .....	45
Los magnates .....	47
El informe Kissinger .....	69
El Foro de Davos y la Agenda 2030 .....	74
La oportunidad de la pandemia .....	88
2. WUHAN .....	95
3. ¿VIRUS ARTIFICIAL? LA VERSIÓN OFICIAL	
Y LOS MEDIOS .....	125
Las farmacéuticas .....	130
Las vacunas .....	152
Los resultados de las vacunas .....	169

Los antivacunas y la realidad de la vacuna .....	177
La vacunación en España .....	190
4. ESPAÑA, EL DESASTRE: MASCARILLAS, CONFINAMIENTOS, PCR Y VACUNAS .....	197
¿No podía saberse? La construcción de una coartada .....	199
El estado de alarma: el confinamiento .....	218
El estado de alarma: el control de la opinión .....	228
A ciegas: autopsias, PCR, ingresos, fallecimientos, mascarillas .....	237
5. EL FUTURO QUE NOS HAN DISEÑADO .....	267
China, beneficiaria de la crisis .....	276
Una operación de control social a nivel mundial .....	279
Hacia el transhumanismo .....	293
Las élites contra el pueblo .....	308
<i>Agradecimientos</i> .....	327
<i>Notas</i> .....	329

## INTRODUCCIÓN

# ¿LOS NEGACIONISTAS TENÍAN RAZÓN?

**E**l beneficiario de un crimen es siempre el primer sospechoso, aunque, ciertamente, la circunstancia del provecho no sea suficiente para determinar la autoría. Pero el investigador parte siempre de ese supuesto, seguro de que el criminal no ha de hallarse muy lejos; por eso, las pesquisas comienzan por tener en cuenta tan elemental presupuesto. *Cui prodest?*

Los beneficiarios de los hechos que aquí se relatan son perfectamente identificables, con sus nombres y apellidos: China, las grandes farmacéuticas, las *big tech*, la élite globalista. ¿Han sido ellos?

Ciertamente, no puede afirmarse que el SARS-CoV-2 haya sido puesto en circulación deliberadamente. No hay pruebas. Pero sí parece claro que el virus salió del Instituto de Virología de Wuhan, y que, con toda probabilidad, se trata de una quimera, el resultado de una intervención artificial en el laboratorio. A estas alturas, ambas cuestiones pueden darse por seguras, pese a que la «ciencia» y los medios defendieron lo contrario durante largos meses.

Casi la totalidad de la población ha sido encerrada, confinada, embozada y vacunada. Una buena parte ha visto su vida

arruinada en términos humanos, económicos y psicológicos, mientras se apoderaba de ellos la obsesión de la pandemia. Y, sin embargo, la inmensa mayoría no ha oído hablar siquiera del Evento 201. No es, desde luego, culpa suya: los medios han oscurecido sistemáticamente la información, proscribiendo cualquier debate y ahogando toda disidencia.

Como consecuencia de la pandemia, la libertad de expresión se ha visto obscenamente limitada; las redes sociales han impuesto una permanente censura de la protesta; las verificadoras determinan lo que es verdad y lo que no lo es; Donald Trump ha sido expulsado de la presidencia de Estados Unidos; la Agenda 2030 adelanta sus previsiones y nos anticipa que dejaremos de viajar en avión y de comer carne; China se hace de oro mientras el resto del mundo se abisma al desastre; las farmacéuticas duplican sus beneficios e imponen la vacunación incluyendo niños e incluso animales domésticos; la inmigración ilegal se dispara, pero se limita drásticamente el tráfico legal de personas.

¿Cuál es el vínculo entre todos estos hechos? Pues que son el resultado de las políticas de la élite mundial, los objetivos que esta lleva persiguiendo desde hace décadas. Cada uno de ellos constituía un propósito nada fácil de conseguir; todos juntos, parecía un imposible. Sin embargo, la pandemia lo ha hecho posible. ¿La pandemia?

Bueno, eso es lo que todos creemos. O fingimos creer. Que esto es una pandemia. Desde el punto de vista legal, lo es; desde el punto de vista ético y del sentido común, está muy lejos de serlo. Mucho. Las cifras globales dejan poco margen a la duda. ¿De verdad vamos a considerar pandemia a una enfermedad que ha matado —a fecha del verano de 2021— a unos 4 millones de personas a lo largo y ancho de un planeta en el que viven 7.700 millones de seres humanos, es decir, a una persona de cada 1.900?

Incluso en el caso de España, un país particularmente golpeado, la proporción es de 1 fallecido por cada 900 habitantes.

Hoy, se hace más verdad que nunca el viejo dicho de que una mentira tiene muchas más probabilidades de ser creída cuanto mayor sea. Pero, por si acaso, cualquier cuestionamiento de las bases de esta pandemia es rechazada con una visceralidad irracional.

Sin embargo, de modo inadvertido, lo que hace pocos meses se tenía por «negacionista» ha pasado a convertirse en doctrina oficial. Y es que los «negacionistas» han tenido razón desde el principio: porque ahora resulta que todo el mundo admite que la mascarilla no sirve para nada en exteriores, que impide respirar correctamente y que es un disparate hacer deporte con ella puesta; ahora resulta que los confinamientos son contraproducentes y que no ahorran contagios, destruyendo las bases de un combate eficaz contra el covid-19, al perjudicar la economía; y ahora resulta, igualmente, que ya nadie duda seriamente de que el virus salió —por accidente o deliberadamente— del laboratorio del Instituto de Virología de Wuhan.

Estas afirmaciones eran las que los medios consideraban hace unos meses, despectivamente, como «negacionistas». Al parecer, lo razonable era considerar que la mascarilla —frente a toda experiencia y al sentido común— no afectaba a la respiración o que el virus había salido de una sopa de murciélago con o sin pangolín de por medio, en lugar de proceder de un laboratorio en el que se trabajaba la ganancia de función de un coronavirus, laboratorio situado en la misma ciudad de la que procedía el virus.

Y como esto, tantas cosas. No, no es negacionismo. Es disidencia frente al poder. Un poder que ha hecho todo lo posible por acallar esa disidencia a través de sus terminales mediáticas. Porque, en definitiva, y respondiendo la pregunta del principio: *Cui prodest scelus, is fecit.*

## PRÓLOGO

# CORRÍA EL AÑO 1898

**E**n Elberfeld, el químico Heinrich Dreser, jefe del laboratorio de la farmacéutica alemana Bayer, daba el visto bueno para impulsar la producción de un nuevo y muy prometedor medicamento; un opiáceo —más poderoso que la morfina— al que se le suponían múltiples aplicaciones. Un verdadero hallazgo, sobre todo teniendo en cuenta que apenas unos meses antes, Bayer había sintetizado y comenzado a producir ácido acetilsalicílico, que patentaría como «aspirina» al año siguiente.

Pues esto podría ser aún mejor. La nueva producción de la factoría Bayer, insistía Dreser, debía ser experimentada con animales —ranas y conejos— antes de su comercialización. El jefe del laboratorio de Bayer no ignoraba que el producto había sido sintetizado como diamorfina por un británico, el también químico Charles Romley Alder Wright, dos décadas atrás.

Las investigaciones de Wright, que buscaban un medicamento contra la tos que fuese efectivo pero que no produjese adicción —como sucedía con la morfina—, le habían llevado a la conclusión de que tal cosa no era posible, sobre todo después

de sus experimentos con animales. Wrigth había hervido durante unas pocas horas anhídrido acético con alcaloide de morfina para conseguir un producto muy eficaz, pero cuyos efectos, a medio plazo, eran peores que el mal que combatía. Dreser no lo ignoraba, pero decidió apuntarse el tanto. Y Bayer —así, como suena— comenzó a experimentar la terapia con sus propios trabajadores.

Al principio, todo resultó estupendamente. Los primeros que lo agradecieron fueron los empleados de la farmacéutica. El nuevo producto parecía maravilloso; nada le hacía a uno sentirse mejor. Los síntomas de casi todo desaparecían; los dolores, el malestar... Dreser acudió al Congreso Alemán de Naturalistas y Médicos de 1898 y anunció que disponía de un producto diez veces más potente que la codeína para la tos, y solo una décima parte de tóxico que esta. Además, adelantándose a las críticas que se veía venir, aseguró que carecía de los efectos adictivos de la morfina. Por sus efectos, el medicamento milagroso ya tenía nombre: heroína.

Habían sido los propios trabajadores de Bayer los que bautizaran la nueva medicina, porque ese término describía perfectamente cómo se sentían tras tomarla. Dreser la había recetado con generosidad —hay que reseñar que también se la había administrado a sí mismo— y, pese a los buenos resultados en un principio, en algún momento se había torcido el experimento. Tiempo más tarde, algunos empleados de la compañía se convertirían en adictos a la sustancia, y muchos de ellos lo dejarían todo para seguir consumiéndola; luego, incluso vendieron lo que tenían para procurársela por los medios que fuesen necesarios. Terminarían sus días merodeando por los vertederos de chatarra para pagarse la creciente cantidad diaria que su cuerpo demandaba. De su actividad como mendigos por los basureros de Elberfeld les

quedó el término «yonki» (en español), una simple derivación del *junkie*, vocablo que no necesita más explicación si consideramos que *junk* significa en inglés «basura».

Dreser aseguraba que el medicamento producía unos benéficos efectos sobre el paciente y, además, era inofensivo. Resultaba tres veces más potente que la morfina y podía consumirse por las más diferentes vías. Como sedante y para las afecciones respiratorias, no había nada mejor. Incluso la psiquiatría le encontró una aplicación de primera en los tratamientos de depresión y neurastenia. ¡Y hasta se recetó para los tratamientos de rehabilitación de los morfinómanos! El *Boston Medical and Surgical Journal* consideraba la heroína superior a la morfina, y «sin riesgo de adicción». Huelga precisar que, en el hígado, la heroína se transformaba en morfina, y que la adicción que generaba era mucho mayor que la de esta.

A fines del siglo XIX, la tuberculosis causaba estragos en Europa. Se trataba de un mal que parecía imparable, por cuanto se padecía desde el siglo XVII, y conforme había aumentado el hacinamiento consecuencia de la revolución industrial, incluso se había agravado. No era raro que los niños enfermasen de ella y que, peor pertrechados inmunológicamente que los adultos, muriesen. Por toda Europa y América, un gran número de familias había experimentado la angustia nocturna de oír la tos de sus hijos, preparándose para lo peor.

Bayer comenzó una campaña contra la tuberculosis por los cinco continentes y, dadas las cualidades de la heroína, su consumo se dirigió en especial a los niños. Pronto, el «jarabe Bayer de heroína» estaba presente en los domicilios de toda Europa. En 1899 ya se vendía y recetaba en veintitrés países. Se prescribió con largueza, hasta como preventivo de los catarros, como aseguraba la publicidad («En la estación lluviosa: jarabe Bayer de

heroína»); y encima, según se aseguraba, no provocaba estreñimiento. Su popularidad fue enorme. De modo que cuando comenzó el siglo xx, los estudios médicos en Estados Unidos habían detectado los estragos que causaba entre las amas de casa y los niños, que, con frecuencia, fingían estar constipados para recibirla.

Aunque a los pocos años surgieron voces que clamaban contra el uso medicinal de la heroína —consiguiendo, finalmente, poner fuera de la circulación el «medicamento»—, este se extendió a otros compuestos que siguieron comercializándose hasta bien entrada la tercera década del siglo xx. Eli Lilly llegó a vender frascos de cien tabletas de heroína, y la británica Allen and Hanburys (que pasaría, más tarde, a formar parte de Glaxo) patentó unas pastillas que, para potenciar su efecto, mezcló con cocaína.

Toda esta locura venía bien avalada por la ciencia. Los tratados de medicina clínica incluían amplias recomendaciones acerca de la heroína. En España su venta fue libre hasta que en 1918 se obligó a adquirirla con receta médica, si bien Bayer había retirado su producto en 1913. Y aunque en Estados Unidos se excluyó de la venta libre en 1920, para entonces ya existían unos doscientos mil heroinómanos en el país; pero solo fue prohibida en 1925. Ese mismo año, la *Enciclopedia* de Espasa Calpe todavía la describía como «un buen sucedáneo de la codeína y de la morfina...».

El Comité de Higiene de la Sociedad de Naciones —lo más semejante a la OMS que podemos encontrar en esa época— no aconsejó su ilegalización hasta 1931. Increíblemente, en Alemania la heroína siguió vendiéndose en farmacias hasta 1958, y no se prohibió sino en 1971. A despecho de las teorías en favor de la legalización de las drogas como factor decisivo para su erradica-

ción, en los años setenta en la República Federal de Alemania se consumía la mitad de toda la heroína de Europa.

Si usted se pregunta —amable lector— qué tiene que ver este prólogo con el tema que nos ocupa, estoy seguro de que se lo aclararán las páginas que siguen.

## EL EVENTO 201

«Únicamente con toda clase de actos criminales podremos instaurar el bendito estado de la Igualdad Perfecta».

MARQUÉS DE SADE

**E**l 18 de octubre de 2019, en el hotel The Pierre —en la Quinta Avenida neoyorquina—, tuvo lugar un encuentro de muy alto nivel, organizado por el Centro Johns Hopkins para la Seguridad de la Salud, el Foro Económico Mundial y la Fundación Bill y Melinda Gates. Dicho encuentro fue bautizado como Evento 201.

Hasta allí acudieron unas 130 personas de reconocida importancia mundial, vinculadas a las finanzas, a la política, a los medios y a las farmacéuticas. Entre los asistentes se encontraban Ryan Morhard, asesor de Salud y Economía del Foro Económico Mundial; Paul Stoffels, director científico de Johnson & Johnson; Stanley Bergman, CEO de Henry Schein; Tim Evans, exdirector de salud del Banco Mundial; Christopher Elias, presidente de la División de Desarrollo Global de la Fundación Bill y Melinda Gates; Avril Haines, exsubdirectora de la CIA; Sofía Borges, de la ONU; Matthew Harrington, de Edelman; Martin Knuchel, de Lufthansa; Eduardo Martínez, de UPS; Hasti Taghi, de la NBC; Lavan Thiru, de la autoridad monetaria de Singapur y George Gao, del CDC de China.

¿Qué podía convocar a personalidades tan señaladas, a representantes de algunas de las principales corporaciones mundiales, a un hotel de cinco estrellas en el suave otoño neoyorkino?

La razón de la tan encopetada reunión era la simulación de una pandemia que se extendería por el mundo debido a un novedoso coronavirus zoonótico especialmente contagioso, basado en el SARS y que, procedente de un murciélago, saltaba a los humanos a través de un animal intermedio. El supuesto incluía la ausencia de vacuna durante el primer año; apenas se disponía de algunos medicamentos que, por sí solos, no podían detener la propagación de la enfermedad. La pandemia duraba 18 meses, y en ella morían 65 millones de personas. Las consecuencias sociales y económicas, aunque desiguales, resultaban devastadoras.

La simulación del Evento 201 era la consecuencia de un documento publicado por la Organización Mundial de la Salud y el Banco Mundial un mes antes —es decir, en septiembre de 2019— llamado «*A World at Risk*» («Un mundo en peligro»). En dicho documento se advertía sobre las consecuencias de una pandemia para la que no estaríamos preparados y que se extendería por el mundo entero debido a la facilidad de las comunicaciones, que finalmente mataría entre 50 y 80 millones de personas. «El mundo no está preparado para una rápida y virulenta pandemia de patógenos respiratorios (...) que causarían no solo pérdidas humanas, sino también graves trastornos económicos y caos social (...), las enfermedades víricas propensas a epidemias son cada vez más difíciles de manejar». En dicho documento se incide en la relación con el cambio climático y en la necesidad de invertir en prevención y en los sistemas sanitarios.<sup>1</sup> Llama la atención lo desapercibido que ha pasado dicho documento, tanto teniendo en cuenta su contenido como su proximidad al

Evento 201 y a los acontecimientos que tendrían lugar a fines de aquel otoño. Algunos medios de comunicación —pocos— se hicieron eco de la publicación del Banco Mundial y la OMS, dándole el relieve que, *a posteriori*, hemos comprobado que merecía.<sup>2</sup>

El objetivo esencial del encuentro era el de subrayar cómo, a partir de un acontecimiento imprevisto de repercusión mundial, resulta imprescindible establecer fuertes sinergias público-privadas para una colaboración mucho más amplia e intensa entre los dos sectores; al tiempo que el retroceso experimentado en materia de colaboración internacional explicaría la insuficiencia de las respuestas nacionales ante una crisis de estas dimensiones.<sup>3</sup> El objetivo último —volveremos sobre ello— es el de someter lo público al imperio de lo privado.

De lo que acaeció en el Evento 201 solo existe la información que los propios organizadores han dado de él, y lo que Janet Wu, de Bloomberg, quiso desvelar. Lo curioso es que apenas unas semanas después de celebrado, Bloomberg —el único medio informativo autorizado a estar presente y a difundir cierta información sobre lo tratado en el encuentro— daba por hecho que el simulacro no era simplemente un supuesto. En algunos momentos, las revelaciones de esta cadena parecieran exceder lo acordado... ¿O se trataba de otra simulación? Todo pudiera ser, aunque hay algunos indicios de lo contrario. Así, el 4 de noviembre de 2019, informaba como sigue:

Preparándonos para la próxima pandemia: a medida que el brote de coronavirus se acerca a una pandemia, los líderes mundiales y los funcionarios de salud están luchando por contener las consecuencias. Eso ha provocado cuarentenas y otras acciones de emergencia en todo el mundo. Es un escenario que fue planeado

hace solo unos meses, en una reunión de líderes en finanzas globales, políticas y atención médica. Janet Wu de Bloomberg estuvo allí y nos trae este informe.<sup>4</sup>

No sorprenderá a los iniciados saber que este audio de Bloomberg fue retirado de la circulación, un ejercicio muy habitual en las últimas fechas.<sup>5</sup> Así como que tampoco es el único que desaparece de esa página. En todo caso, el Evento tuvo lugar con la discreción habitual. Ni fue enterrado bajo un absoluto secretismo, ni tampoco trascendió a la opinión pública, de acuerdo al penumbroso modo de actuar de la élite globalista.

Es probable que un exceso de secretismo contribuyese a alimentar las teorías de la conspiración, algo poco asumible para muchos ciudadanos occidentales. Por otro lado, el hecho mismo de su relativa publicitación facilita la digestión de este tipo de encuentros internacionales en los que se coordinan los esfuerzos de un buen número de países y de instituciones. Al fin y al cabo, ¿qué tiene eso de malo?

Resulta perfectamente comprensible que los gobiernos del mundo traten de anticipar el estallido de una pandemia en orden a proteger a sus ciudadanos. Es, incluso, encomiable. Durante siglos, los presidentes, los ministros de Exteriores, los diplomáticos o los altos responsables militares se han reunido para asegurar una cierta colaboración internacional o para coordinar una estrategia ante un fenómeno inquietante de cualquier orden.

Pero este no es el caso de nuestros días. El ciudadano medio, que apenas sabe de las reuniones periódicas o de la existencia de ciertas instituciones que coordinan las políticas mundiales, no se para a considerar la evidente simultaneidad de los fenómenos sociales o la perturbadora homogeneidad ideológica que se extiende —en silenciosa metástasis— por todo Occidente, bajo

el colorista disfraz de la diversidad. En España, por ejemplo, la población muestra una notable apatía ante todo lo que sea política exterior; el desconocimiento de lo que sucede allende nuestras fronteras es casi absoluto. Y ello facilita la impostura.

Mientras tanto, asistimos a una privatización del mundo, pese a la extendida idea de que cada día es mayor la invasión de lo público en nuestras vidas y que el peligro es el Estado, poniendo en riesgo la supervivencia de la libertad individual a mayor gloria propia. Nada más disparatado. Pues la esencia del fenómeno globalista radica en la colonización de los estados por parte de las fundaciones privadas, en manos de los grandes multimillonarios —generalmente estadounidenses— hasta poner a aquellos al servicio de los proyectos de esas grandes fundaciones privadas. Han sido así dispuestos por una casta política servil, y todas las intromisiones públicas en la vida de las personas redundan, en último análisis, en beneficio de sus privadísimas instituciones.

El papel del poder público, el papel del Estado, consiste en ejecutar dichos proyectos, cargando con la ingratitud y el descrédito que hagan falta, mientras las entidades privadas se lucran económica y socialmente y acaparan todo el prestigio por los resultados que, debidamente publicitados, son invariablemente positivos; a despecho de la realidad, no pocas veces.

Valga como ejemplo paradigmático la figura de Bill Gates —valorada positivamente, en términos generales, por la opinión pública—, mientras la OMS se hunde en el descrédito un poco más cada semana. No son muchos los que saben que Gates es quien dirige la OMS desde la sombra, a través de sus fundaciones. Y que, por tanto, es el responsable de sus desatinos, de sus cambios de criterio, de su volubilidad; pero el magnate de Seattle sale sistemáticamente reforzado de sus comparencias públicas, sin que nadie le recuerde su responsabilidad al respecto.

Lo más significativo es que ya nadie se escandaliza de esa intromisión de lo privado en lo público, de ese sometimiento de lo público —de lo que es de todos y por todos está financiado— a los intereses privados. ¿Por qué Bill Gates —y, como él, muchos magnates multimillonarios— está presente en los órganos de decisión internacionales? Gates no deja de ser un particular que, al margen de su cuenta corriente y patrimonio —y soy consciente de que no se trata de un detalle baladí—, no es diferente de usted o de mí. Por eso, todas sus ventajas económicas no deberían concederle ningún derecho, ni mayor capacidad de decisión sobre lo que es de todos, que los que usted y yo podamos tener.

Entonces, ¿a qué se deben esas reuniones en las que están presentes dichos magnates?

Ya no cabe negar la existencia de una élite globalista, crucial en nuestras vidas hasta un punto que incluso un ciudadano avisado seguramente no creyese. Esa élite —que verdaderamente hoy rige los destinos del planeta— tiene por principal característica la de no haber sido elegida por nadie, sino haberse impuesto a través de procesos que determinan los propios miembros de la élite. Y para imponerse, deben suprimir la soberanía de las naciones y de las personas, convirtiendo la democracia en una farsa: hoy, en Europa, aunque revestidas del oropel habitual, las elecciones apenas determinan los aspectos políticos sustanciales, dado que las principales decisiones que nos afectan se toman en Bruselas. Nosotros tan solo elegimos quiénes van a gestionar esas decisiones que otros toman por nosotros.

La élite globalista tiene por objetivo el poder, sí, pero un poder que persigue la imposición de un proyecto ideológico, al que nos referiremos en las siguientes páginas.

## La ¿conspiración? globalista

Es muy antiguo el debate al respecto de la existencia de poderes internacionales, erigidos por personajes de gran poder e influencia a fin de moldear el mundo conforme a sus creencias. A lo largo de la historia, la creación misma de un imperio ha implicado a menudo la extensión de la obediencia y el cumplimiento de unas leyes a lejanos territorios, leyes que contienen una visión del mundo más o menos concreta. El surgimiento de la religión cristiana —mucho más que cualquier imperio— llevó hasta los confines del mundo esa extensión de una cosmovisión concreta, creando una red mundial de «agentes» e «informantes», como son los sacerdotes, por lo general, incondicionalmente entregados a su misión.

A través del cristianismo es como se ha construido la civilización occidental, algo que ha sido contestado a lo largo de los siglos por ciertos poderes que han dado respuesta a la religión cristiana (y más específicamente al catolicismo) y a la misma civilización. De entre ellos, la masonería —o mejor: las masonerías—, la gran organización internacional extendida por el mundo que ha venido actuando de forma secreta (por más que sus miembros insistan en su carácter meramente discreto antes que secreto). La importancia de la masonería en la historia ha sido enorme, tanto en el mundo anglosajón como en el latino, aunque los manuales de historia de bachillerato y universitarios se obstinan en ignorarla. Claro que quizá precisamente esto demuestre su importancia.

De modo que, sin negar el impacto que la masonería pueda seguir teniendo en el siglo XXI, su edad de oro parece haber pasado, superada por otros organismos internacionales menos ritualistas (aunque no completamente exentos de liturgia) y más acordes a las demandas de los tiempos.

¿Quiénes son estos organismos aventajados?

No hay una respuesta definitiva, porque el entramado globalitario<sup>6</sup> es complejo y no obedece a una estructura prefijada de antemano. Pero, en esencia, podemos precisar que se generó tras la Primera Guerra Mundial, durante la presidencia de Woodrow Wilson. Hasta ese momento, la política exterior de Estados Unidos estaba orientada a la expansión por el continente americano; de hecho, Wilson dudó acerca de involucrar a su país en el conflicto europeo tras haber prometido a los electores, como haría F. D. Roosevelt veinte años más tarde, que mantendría a sus hijos lejos de la guerra que se libraba en Europa.<sup>7</sup>

En términos temporales —y de importancia, incluso en nuestros días— el organismo globalista por excelencia es el Council on Foreign Relations, el Consejo de Relaciones Exteriores (CFR). Suele aparecer de forma más bien tangencial en los relatos que hacen referencia al globalismo, sin concedérsele la relevancia que merece. Porque estamos, con seguridad, ante la institución globalitaria más decisiva.

Se trata de una organización creada en 1921, pero cuyas raíces se encuentran en 1917, con la creación del grupo The Inquiry (La Investigación), a requerimiento de Wilson, para elaborar las condiciones de paz de cara al fin de la guerra (la Primera Guerra Mundial) y al establecimiento del orden de posguerra. Estaba compuesta por unos 150 miembros, 21 de los cuales participaron en el Tratado de Versalles en 1919; sus principales dirigentes fueron el diplomático Edward Mandell House y el conocido periodista Walter Lippmann. Impusieron sus tesis a los aliados de forma decisiva para la construcción de la Europa de entreguerras.

Aunque no cabe duda de que los componentes de The Inquiry estaban altamente cualificados como historiadores,

sociólogos, filósofos, geógrafos u hombres de leyes, el resultado de su aportación es bien conocido: la reordenación geográfico-política de Europa, tras el Tratado de Versalles, que sería una de las principales causas de la Segunda Guerra Mundial. El doctrinarismo liberal-progresista de sus propuestas se revelaría como la más funesta receta para el mundo de posguerra.

El grupo cuajaría en una más firme organización en 1921, que sería conocida como el Council on Foreign Relations, orientada a la política exterior. Desde ese momento, el CFR promueve la globalización, el libre comercio, las desregularizaciones financieras internacionales y la creación de bloques económicos regionales por todo el mundo (y no necesariamente la creación de un único mercado mundial sin fronteras).

Insistimos en que se trata de la agencia mundial más poderosa. El CFR constituye el núcleo de lo que se hoy se denomina el Deep State, el poder permanente de Washington sobre las distintas administraciones, de carácter intervencionista, y generador de un buen número de conflictos por todo el mundo. Su centro principal está radicado en Nueva York, en Harold Pratt House, en la esquina de Park Avenue y la calle 68, en el Upper East Side. La sede central fue donada en abril de 1945 por Harriet B. Pratt, casada con uno de los herederos de la Standard Oil (más tarde incorporada a la petrolera de John Rockefeller).

Está compuesto por muy destacadas personalidades de la política; a lo largo del tiempo ha oscilado entre los mil y tres mil miembros. Desde los años cincuenta, muchos presidentes estadounidenses (y, desde luego, todos los equipos de estos) han pertenecido al CFR con la excepción de Ronald Reagan —si bien su vicepresidente George Bush sí era miembro del club—; tampoco fue miembro George W. Bush, hijo del anterior, pero su equipo, íntegramente, pertenecía al CFR; ni Lindon B. Johnson,

aunque desde luego todo su equipo lo era; ni, por supuesto, Donald Trump, visto por el Deep State como el enemigo a batir (lo que, desde luego, consiguió). Por tanto, y con la reseñada excepción de Trump, tanto los demócratas como los republicanos son hijos del CFR.

Los políticos de alto rango, ya lo hemos visto, han pertenecido al consejo; y no solo los presidentes. Los directores de la CIA, en su totalidad, han salido de entre sus miembros, con la sola excepción de James Schlesinger, quien fue director de la CIA entre febrero y julio de 1973, haciendo célebre la frase de su toma de posesión: «Estoy aquí para asegurarme de que nadie joda a Richard Nixon». Recordemos que, por aquellas fechas, estaba en ebullición el escándalo Watergate, y que Nixon había sustituido a Richard Helms al frente de la CIA, quien se había negado a protegerle. En esos seis meses, Schlesinger purgó la agencia de todo elemento que pudiera poner en riesgo los intereses de la Casa Blanca. Tan eficaz fue su labor que, a continuación, fue designado secretario de Defensa. Y la CIA siguió en manos de miembros del CFR.

Naturalmente, no se trata solo de políticos. Estos, las más de las veces, no son sino correas de transmisión de otros intereses, de los que son ejecutores; el CFR aglutina personajes del mundo de la comunicación, de las finanzas, del espectáculo, del ejército.<sup>8</sup>

A nadie extrañará que los medios de comunicación estén abundantemente representados en él. Ejecutivos del *New York Times*, del *Washington Post*, *Wall Street Journal*, CBS, NBC, *Los Angeles Times*, ABC, FOX, *Fortune*, *Business Week* o *Time* forman parte activa del CFR: casi trescientos de los principales periodistas del país. La función de la prensa es siempre esencial,

puesto que el imaginario social se conforma según los intereses que financian los medios. Y, por supuesto, cuenta con actores de enorme relevancia mundial como George Clooney o Angelina Jolie.

El actual presidente (julio de 2021) es Richard N. Haass, diplomático estadounidense que viene de trabajar para el Departamento de Estado, con particular dedicación al secretario de Estado Colin Powell. Pero quien verdaderamente controla el CFR es el Instituto Carnegie, una fundación que maneja unos 2.000 millones de dólares, radicada en Washington y que mantiene unos lazos muy próximos a la Fundación Rockefeller. Ambas fundaciones fueron pioneras en Estados Unidos de las teorías eugenésicas, que llevan promoviendo desde comienzos del siglo xx.

El CFR funciona a través de diversos comités de unas veinticinco personas, que reúnen a industriales, militares, intelectuales, profesionales y financieros. De aquí salen los grupos de estudio que son financiados con becas de las fundaciones Carnegie, Rockefeller o Ford. Las fundaciones juegan un papel decisivo, pues el mantenimiento de las funciones del CFR (o de otras instancias de poder privado) depende de ellas.

Pero ¿quiénes están al frente de las mismas? Son varias las fundaciones que, a lo largo de los últimos años, han estado promoviendo el globalismo; y, de entre todos los protagonistas, hay que reseñar a David Rockefeller, cabeza del CFR y de Bilderberg.

Nacido en 1915 en Manhattan, David Rockefeller era nieto del magnate del petróleo John Davidson Rockefeller, fundador de la Standard Oil; cuando murió en 2017 —y teniendo en cuenta los ingentes gastos en que había incurrido—, David poseía una fortuna estimada por la revista *Forbes* en 3.300 millones de dólares.

Pero la relevancia de David Rockefeller no estriba en sus exuberantes ahorros e inversiones, sino en el poder que acumuló hasta convertirse en el pilar del sistema financiero mundial a través del JP Morgan Chase. Esta institución ha financiado durante décadas a grandes corporaciones como General Electric y Exxon Mobil. Hoy, el Chase cuenta con la mayor red de sucursales a nivel mundial, unas cincuenta mil, y de sus directivos salen los cuadros del Banco Mundial y de la Reserva Federal de Estados Unidos.

Las conexiones entre los ejecutivos de estas grandes instituciones han sido muy evidentes. De hecho, Exxon, la segunda empresa en caudal monetario, y la empresa con la mayor capitalización bursátil de todo el mundo, procede de la originaria Standard Oil, ligada a la familia Rockefeller.

Durante años Exxon y el clan Rockefeller han pleiteado, ya que este último abandonó la explotación petrolífera alegando el daño climático, en medio de duras recriminaciones mutuas que, por encima de cualquier otra consideración, han tenido la virtud de mostrar a las claras la existencia de profundos vínculos entre ambos.

En cualquier caso, David Rockefeller ha sido alma de la globalización durante muchas décadas. La variedad de sus intereses ha abarcado, como la prensa estadounidense recordó a su muerte, «desde la conservación del medio ambiente hasta las artes», según prueban las increíblemente copiosas donaciones que ha efectuado, ampliamente superiores a los 1.000 millones de dólares. Durante la mayor parte de su vida, David Rockefeller fue un impenitente viajero. Pero, aunque no dejó de subirse a aviones, dirigía su imperio desde la oficina familiar de Nueva York. Se servía para ello de la enorme cantidad de parientes pertenecientes al tronco principal de la familia, con quienes se reunía dos veces al año.

¿A quién ha financiado David Rockefeller? A una increíble variedad de organizaciones, cuya diversidad es buen reflejo de la intencionalidad que animaba al «filántropo». Así, nos encontramos con Greenpeace, y esta no es la menor de las inversiones de Rockefeller. El magnate financió a la oenegé ecologista a través de Standard Oil, la multinacional petrolera perteneciente a la familia Rockefeller (de hecho, Greenpeace ha participado de la Royal Dutch Shell, otra petrolera, holandesa esta vez, y tan contaminante como la primera). Y no solo eso: las tres fundaciones principales de la familia Rockefeller riegan abundantemente a la oenegé verde. La Rockefeller Found está relacionada también con JP Morgan y con Citybank, ambas con sustanciosas participaciones en diversas petroleras. Sin olvidar a la Marisla Foundation, de la petrolera de JP Getty. No parece que a Greenpeace le moleste ser financiada por fundaciones ligadas a la industria petrolera, a los gigantes de la comunicación y al sector de la automoción.<sup>9</sup>

Este juega también un importante papel, particularmente la General Motors, propietaria de Cadillac, Chevrolet o Hummer. No hay industria más contaminante que la petrolera y la de automoción, generosos financiadores de Greenpeace. Sin olvidar a los medios de comunicación, como la fundación de Ted Turner y de la potentísima AOL Time Warner, que le sirve para gestionar desde la CNN y TNT hasta Warner Brothers. No necesita mayor explicación el que cada acción de Greenpeace sea exhibida en las televisiones de medio mundo en tiempo real; ya se encargan sus financiadores.

Desde los años setenta existe una serie de organizaciones ecologistas, como World Wildlife Fund —presidida en su día por el príncipe Bernardo de Holanda, uno de los fundadores de Bilderberg—, que también sirven a los fines de dicho club. Los

defensores más radicales del cambio climático y del calentamiento global encuentran sus inspiraciones en círculos muy cercanos al club: el ecologismo ideológico justifica la necesidad de controlar el crecimiento humano, e incluso de disminuir la población en miles de millones de personas —la humanidad es definida como «una plaga»—, con el argumento de que dañan la Tierra.

Pero la labor fundamental de David Rockefeller ha sido la de articular un sistema mundial de organizaciones que controlen a los gobiernos y sus políticas económicas a través de las finanzas. Para ello, contribuyó a la fundación de Bilderberg en 1954, el club que agrupa a los principales financieros, a los más importantes jefes de gobierno y a los principales representantes de medios de comunicación del mundo. Se dice que su agenda contiene los datos de las 150.000 personas más poderosas del mundo.

Su labor al frente de Bilderberg ha sido esencial durante todos estos años, imponiendo el silencio sobre todo lo que allí se hablaba (mientras exigía la máxima locuacidad a los invitados). El propio Rockefeller valoró públicamente ese silencio, cuando en 1991 hizo público su agradecimiento «al *Washington Post*, al *New York Times*, a la revista *Time*, y a otras grandes publicaciones cuyos directores han acudido a nuestras reuniones y han respetado sus promesas de discreción durante casi cuarenta años. Hubiera sido imposible para nosotros haber desarrollado nuestro trabajo si hubiéramos sido objeto de publicidad durante todos estos años».

Esta es una declaración polémica a la que se ha negado veracidad en los últimos años —como a tantas otras de Rockefeller—, pero, incluso si no lo es, se corresponde de forma extraña con lo que verdaderamente ha sucedido. Volveremos sobre ello más adelante.

David Rockefeller y Henry Kissinger han sido desde sus inicios la columna vertebral del globalismo. No es solo el CFR, con ser de vital importancia; es Bilderberg, junto a Donald Rumsfeld o los Clinton, en los últimos años. De hecho, Bilderberg fue criatura predilecta de David Rockefeller, aunque al no lograr atraer a Japón puso en marcha la Trilateral (denominada originalmente Comisión Internacional para la Paz y la Prosperidad) en 1973, a instancias de Zbigniew Brzezinski —personaje central del Consejo para las Relaciones Exteriores (CFR)—, que sería su primer director. La Comisión Trilateral ha provisto de un sinfín de expertos en todo tipo de materias a las sucesivas administraciones estadounidenses, mientras que cuatro presidentes de Estados Unidos han pertenecido a ella (dos demócratas y dos republicanos, en perfecto equilibrio: Clinton y Carter, y Bush y Ford).

El secretismo de Bilderberg fue desvelándose poco a poco, en especial desde comienzos de los noventa. Algunas de las declaraciones de David Rockefeller han sido desmentidas, como la que se le atribuye en una cena de embajadores de la ONU en 1994 y en la que anunciaba que nos acercábamos a un momento clave de la historia: «Estamos —dijo— al borde de una transformación global. Lo que necesitamos es una gran crisis, y todo el mundo aceptará el Nuevo Orden Mundial». No está claro si la verdad reside en la afirmación o en el desmentido, pero, como en el caso al que hacíamos referencia antes, se corresponde con sus actuaciones.

En todo caso, es indiscutible que las reuniones mantenidas hasta ese momento permanecieron en el anonimato con la activa colaboración de los medios. Los encuentros se vienen celebrando desde 1954, acogiendo anualmente a unos 130 multimillonarios de los cinco continentes, junto a dirigentes políticos y propietarios de grandes medios de comunicación de todo el pla-

neta, más las principales monarquías europeas y los grandes financieros: es decir, a las más poderosas e influyentes personalidades del mundo. Y que todo esto se ha negado o satirizado durante décadas, hasta que finalmente ha podido ser admitido, una vez que se ha estimado al público preparado para aceptarlo.

Con periodicidad anual, hacia finales del mes de mayo o principios del de junio, se vienen reuniendo en alguna localidad de pequeño o mediano tamaño, en un complejo hotelero de lujo que les procure la mayor discreción posible. El secretismo ha sido completo, aunque hoy ese aspecto ya no sea tan necesario. Si hasta hace escasos años, mentar el Club Bilderberg levantaba las peores sospechas, hoy Bilderberg ha saltado de los libros de culto y de los círculos de iniciados a los titulares de la prensa generalista. Desde el propio club se justifica la ausencia de transparencia porque así se favorece una mayor franqueza en el diálogo.

Pero ¿cómo nació esta organización? El Club Bilderberg recibe su denominación del hotel de la localidad holandesa de Oosterbeek en el que se celebró el primer encuentro de los más altos mandatarios mundiales, que tuvo lugar durante los estertores de mayo de 1954. Ofició de anfitrión el príncipe Bernardo de Holanda, a través de quien se convocó a numerosas personalidades interesadas en frenar la expansión del comunismo. De hecho, el propio club proclamó que el objetivo de la reunión era el de «colaborar a una línea política común entre los Estados Unidos y Europa», así como oponerse al «comunismo y a la Unión Soviética».

El príncipe Bernardo mantenía contacto a los más altos niveles con los estadounidenses, los británicos y los europeos occidentales (como antes los había mantenido con el Tercer Reich), impulsando la constitución del Mercado Común que

se estaba cocinando, para lo que utilizó los oficios de los poderosos bilderbergers. La visión de estos trascendía la idea de que el Mercado Común constituía un espacio económico de libre mercado: «No es completamente desacertado decir que estamos a favor de la creación de un gobierno mundial; una cosa así sería algo positivo».

Acorde a los principios que se proclamaron en los últimos estadios de la Segunda Guerra Mundial, el objetivo esencial del Club Bilderberg es el de la creación de un Nuevo Orden Mundial. Ese escenario debe prepararse a través de los grandes medios de comunicación del mundo y de las principales corporaciones financieras. Los responsables de las más desarrolladas economías mundiales ponen en común sus planes y propósitos junto a las empresas más poderosas, a las que sirven al margen de todo control político.

El sueño bilderberger es la creación de un mercado único mundial a largo plazo, un mundo sin barreras, lo que exige la destrucción del estado-nación: la herramienta es la transferencia de las soberanías nacionales a las instituciones supranacionales que, naturalmente, ellos controlan. Pero los globalistas tienen claro que hay que avanzar por etapas; por eso no siempre es cierto que impulsen los procesos más abiertos de destrucción de las uniones regionales, como es el caso de la Europa comunitaria, sobre la que hay distintas visiones dentro del globalismo.

En cualquier caso, no cabe duda de que Europa ha venido siendo un conejillo de Indias para la construcción del Nuevo Orden Mundial, algo cada día más abiertamente admitido. Así, otro distinguido mundialista, Javier Solana, ha aseverado que «el papel de Europa es fundamental. Europa puede y debe ser, si me permiten la expresión, un laboratorio de lo que pudiera ser un sistema de gobierno mundial».<sup>10</sup>